

EVELYN SKYE

EL DESTINO DE
LA
CORONA



Traducción del inglés

Marta Torres Llopis

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *The Crown's Fate*

Publicado en Estados Unidos por Balzer & Bray, un sello de Harper Collins

© de la obra: Evelyn Skye, 2017

© de la traducción: Marta Torres Llopis, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2017

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-29-3

Depósito Legal: M-31801-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para mamá y papá:
Por la época en que a la abuela le preocupaba
que yo no fuera capaz de hacer nada con una licenciatura
en Historia y Literatura Rusas, y le dijisteis:
«No te preocupes, Evelyn se las apañará».
Y por todas las veces que me quisisteis
y creísteis en mí, antes
y después de eso.*



El Juego de la Corona es antiguo, más antiguo que el propio zarato. Pero no es el único juego.

Hay juegos de amor, jugados por chicos y chicas. Juegos de engaño, jugados por tahúres y ladrones. Juegos de guerra, jugados por generales y reyes.

Después están los juegos que combinan los tres, jugados sólo por aquellos que no tienen nada que perder.

Pero si el jugador no tiene nada que perder, entonces no queda nada...

Excepto ganar.



CAPÍTULO 1

Vika Andréieva era una confluencia de burbujas minúsculas fluyendo en el crepúsculo invernal. Durante unos instantes, se entregó a la emoción de la magia, al placer de evanescerse. «Soy el cielo. Soy el viento. Soy libertad desencadenada».

Sin embargo, tan pronto como volvió a materializarse en la estepa kazaja, la sólida realidad reemplazó el júbilo de ser cualquier cosa, incluso prácticamente nada. Estaba aquí para trabajar, para cumplir una misión oficial como maga imperial. Suspiró.

Sólo media hora antes había aparecido en las caballerizas reales, donde la Gran Princesa Yuliana Románova había estado almohazando su caballo. O más bien un caballero estaba almohazando su caballo, cepillándole las crines castañas, mientras ella le indicaba cada nudo diminuto.

El muchacho no vio aparecer a Vika en el rincón más apartado del establo, pero al ojo de lince de Yuliana no se le escapaba nada.

—Déjame —ordenó la gran princesa, y despidió al caballero con un ademán. Este se enderezó de un salto y se escabulló, bien enseñado a no demorarse ante los deseos de Yuliana.

Cuando se hubo ido, ella se volvió hacia Vika y dijo:

—Baronesa Andréieva, sería preferible que entraseis en la sala, o en la cuadra, como es debido, siendo recibida y anunciada por la guardia. Igual que los demás.

Vika le lanzó una mirada de soslayo.

—Mis disculpas, Alteza Imperial. Sólo que, como veis, yo no soy «igual que los demás». —Se cruzó de brazos.

La princesa soltó un bufido.

—Estoy aquí porque vuestro mensajero me ha dicho que deseabais verme. —Vika hizo una reverencia con más que un toque de sarcasmo. Al levantarse, se le pegó el heno en el dobladillo de la falda. Lo notó, pero lo dejó ahí. Había crecido en un bosque; casi le resultaba extraño no tener pegotes de barro y hojas adheridos al vestido.

Yuliana arqueó una ceja al advertir el heno.

—Hay algo que necesito que hagas.

Ningún «¿cómo estás?» o «gracias por venir». A Vika no le sorprendió.

—¿De qué se trata?

—Modales, *s'il vous plaît* —la amonestó Yuliana.

Vika inclinó la cabeza y siguió con ella agachada.

—Desde luego, Alteza Imperial. Estoy a vuestro servicio.

La princesa puso los ojos en blanco.

—Mi hermano y yo necesitamos que vayas a la estepa kazaja. La última vez que Pasha estuvo allí, habló de que se estaba tramando una nueva rebelión. Tenemos que descubrir si han avanzado más esos planes, pero nuestros métodos tradicionales para obtener información por medio de exploradores son lentos. En cambio, tú puedes

evanescerte a la estepa y volver en el mismo día. Nunca hemos tenido información tan reciente.

Mas Vika apenas escuchaba. No podía ir. Allí era de donde procedía Nikolái, el otro mago de Rusia, y ahora él no estaba porque había perdido en el Juego de la Corona...

«¿Cómo voy a poder caminar por la estepa como si fuera un lugar cualquiera?». Su corazón taconeó al ritmo de una mazurca, dolorosamente consciente de la equivocación de cada movimiento en solitario sin Nikolái como compañero.

Negó con la cabeza.

—No quiero ir. No podéis enviarme allí.

Yuliana se había acercado a ella dando patadas al heno en todas direcciones.

—Sí puedo y lo haré. Eres la maga imperial. Haz tu trabajo.

Y así es como se encontraba ahora en la estepa. Se tomó un instante más, no sólo para recuperarse de la evanescencia —siempre tardaba unos segundos en reorientarse—, sino también a fin de recobrar ánimos para enfrentarse a ese lugar que le recordaba demasiado lo que —a quien— había perdido hacía sólo dos semanas.

Aspiró una profunda bocanada de aire. «Esto forma parte de mi deber. En toda mi vida no he querido ser otra cosa que maga imperial, y esto es lo que conlleva. Lo puedo hacer». Pero era una victoria con un regusto agridulce.

Aspiró otra gran bocanada.

Antes de partir de San Petersburgo, había modificado su aspecto para mezclarse con mayor facilidad entre los kazajos: cambió su cabello de pelirrojo a negro y su atuendo, de un vestido de mangas

abullonadas a un *koilek* como una túnica, un vestido con cuello y un abrigo *shapan* de piel de oveja.

A pocos pasos del oscuro rincón donde se escondía, bullía el mercado de puestos entoldados. Había tableros con grandes montones de nueces y cestos con especias. Los puestos vendían botas forradas de piel y otras aparatosas alhajas de plata, todo intrincadamente decorado y taraceado de piedras rojas, naranjas y azules. Había una mesa especializada en toda clase de frutos secos y gente por todas partes que sonreía e inspeccionaba las mercancías mientras regateaba.

Pasó una niña por su lado con una bandeja de grandes roscas de pan. Debían de acabar de salir del horno, porque su cálido aroma a levadura impregnaba el aire. El olor, que le recordaba la panadería de Ludmila Fanina en casa, la reanimó y la sacó de su melancolía.

Además, la melancolía no iba con Vika. Era una disposición más de Nikolái que suya, y en realidad ella era incapaz de estar melancólica durante mucho tiempo antes de que en su interior algo la incitara a seguir adelante. La única vez que se había sumido en el dolor, tras la muerte de su padre, había salido a flote más impaciente que nunca y estuvo a punto de destruir la casa de Nikolái como reacción, aunque se arrepintió a medio camino. No cometería el error de abandonarse otra vez durante demasiado tiempo. Apretó los puños y se guardó el torbellino de emociones que envolvía sus pensamientos sobre Nikolái con toda la frialdad con que se pudieran reprimir esos sentimientos.

La niña panadera depositó la bandeja en un puesto a pocos metros de distancia y empezó a descargar las hogazas sobre el mostrador. Una multitud de mujeres rodearon la mesa de inmediato, atraídas por el pan recién hecho como gaviotas chillonas alrededor

de una merienda campestre, y empezaron a reclamar a voces la atención de la muchacha.

A Ludmila le encantaría probar el pan kazajo.

¡Brillante! Los ojos de Vika se iluminaron. Eso le brindaría algo distinto en lo que centrarse.

Conjuró unas cuantas monedas kazajas en la palma de la mano. Después evanesció el dinero hasta la caja y, a cambio, hizo desaparecer una rosca que envió a la isla de Ovchinin, donde vivían ella y Ludmila Fanina. La pieza de pan llegaría a la panadería Cenicienta, la tienda de Ludmila, aún caliente y humeante. Vika adjuntó una breve misiva, a pesar de que estaba bastante segura de que Ludmila sabría quién lo había mandado.

Y ahora, vuelta a la tarea que tenía entre manos.

Abandonó el puesto y recorrió el perímetro del mercado. El único defecto que tenía el plan de Yuliana era que, a menos que la gente hablase en ruso o en francés, Vika no entendería lo que decían.

«Pero ¿por qué no puedo?».

Ser la única maga de Rusia que quedaba implicaba que podía solicitar más magia del Imperio, puesto que ya no tenía que compartirla. Y ella siempre había sido capaz de entender a los animales, como a su rata albina mensajera, *Poslannik*, lanzándoles un encantamiento. Sencillamente, nunca se le había ocurrido traducir otra lengua humana, porque en la isla de Ovchinin sólo había necesitado el ruso, un francés rudimentario y el lenguaje de los lobeznos y los zorros.

A medida que caminaba, comenzó a conjurar una bóveda, por así decirlo, para envolver el mercado entero. El encantamiento empezaba en el suelo, como un brillante velo de cristal líquido que

ascendiese de la arena. Al menos, así era como le pareció a ella, porque Vika podía ver la magia en acción.

El encantamiento fluía hacia el cielo como si no estuviera sujeto a la ley de la gravedad. Ascendía por la parte exterior del mercado, luego se arqueaba sobre las cubiertas de las tiendas y encerraba dentro a los compradores y a los comerciantes y sus mercancías.

Pero no de verdad. La bóveda no era sólida; la gente no podía verla ni sentirla, y podía entrar y salir a su antojo. La magia de Vika sólo capturaría el escenario, y después ella estaría en disposición de llevarse el encantamiento de vuelta a San Petersburgo con la intención de reproducirlo para Yuliana y Pasha, que podrían caminar por el recuerdo de la bóveda como si hubieran estado allí.

También incluía un encantamiento que permitía a Vika entender el kazajo. O, al menos, un remedo de encantamiento de ese estilo. Si podía escuchar con disimulo, podría averiguar con más facilidad si había alguna nueva manifestación de malestar social en la región.

Sonrió sombríamente al mercado que tenía delante. «Espero que esto funcione», pensó, ya que, de ser así, podría captar escenarios de otros lugares, como las fronteras entre los Imperios ruso y otomano. Una información así no tendría precio.

También esperaba que fallase, porque pasar el resto de sus días sola, espiando en los confines del Imperio, no sería vida.

El encantamiento de la bóveda relucía con pereza bajo el sol invernal, con sus paredes de cristal líquido fluyendo y refluyendo a medida que la magia absorbía cada palabra y cada acción que tenían lugar dentro de sus límites. Vika captaba palabras y retazos de conversaciones.

—Dos pares de botas...

—Eso es demasiado por una pierna de cordero.

—Es que a Aruzhan no le gustan los orejones...

Pero entonces se produjo una sacudida en lo alto de la cúpula y Vika dio un respingo al crepitar las ondas sobre la superficie de su encantamiento; empezaba a extenderse un boquete en una grieta zigzagueante. Su energía vaciló, como si se hubiese cortado de súbito el flujo de Bolshebnoie Duplo —la fuente de la magia de Rusia—. Se habían apagado las chispas que normalmente danzaban en las yemas de sus dedos.

«¿Qué?».

Se le encogió el pecho, como si estuvieran extrayendo el aire de sus pulmones. Las ondas amenazaron con convertirse en algo más, con derrumbar las paredes de la bóveda y deshacerla del todo.

Abrió los brazos en el aire, con las palmas de las manos hacia arriba, y se esforzó por tomar aliento mientras intentaba controlarlo. Tiró de la magia que ya existía; trataba de dirigirla hacia arriba para cubrir la grieta de lo alto de la bóveda. Era como tironear de un paño que estuviera ya demasiado tenso; no había suficiente magia para abarcarla toda.

Con la misma rapidez con que se había interrumpido, fluyó de nuevo la energía con suavidad a través de Vika. Estaba casi segura de que no era por una acción suya —la magia apenas se había desplazado cuando había tirado de ella—, aunque, de algún modo, las ondas de la bóveda se redujeron hasta convertirse en una superficie lisa, fluyendo sobre la brecha abierta arriba hasta restañarla por completo.

Dejó caer los brazos a los costados con la frente perlada de sudor. ¿Qué podía haber causado una suspensión así en la magia? Su energía no había vacilado nunca antes de una manera tan absoluta.

De repente, el cansancio se abatió sobre ella y fue como si la hubiera arrollado un coche tirado por media docena de caballos despa-
voridos.

Y Vika se rió de sí misma porque en su mente podía oír lo que diría Ludmila, lo que le *había* estado diciendo: «Demasiado trabajo y pocas galletas. Tienes que cuidarte, cielo. Descansa y come más dulces».

Descansar. Meneó la cabeza. Para un mago imperial no existía el descanso, y menos aún si estaba a las constantes órdenes de Yuliana.

«Pero eso no significa que no pueda haber más galletas». Su estómago rugió.

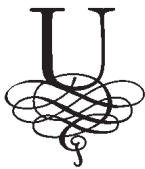
Evanesció unas monedas más hasta el puesto de pan de al lado. Al momento, apareció en la palma de su mano una galleta *chakchak*, un conjunto de masa frita con jalea y nueces troceadas por encima. Dio un mordisco crujiente y melifluo.

Sonrió. Se metió el resto de la galleta rápidamente en la boca y envió dinero para hacerse con unas cuantas más.

Ser maga imperial no estaba tan mal.



CAPÍTULO 2



Una vez que hubo terminado de registrar la escena en la estepa —y como no había oído nada que entrañase ninguna amenaza inminente de los kazajos—, Vika se evanesció de vuelta a San Petersburgo, a orillas del helado río Nevá. Detrás de ella, una estatua enorme del legendario zar Pedro el Grande se sentaba sobre un caballo de bronce y miraba por encima de la capital que había erigido, la gloriosa «Venecia del Norte». Los puentes de la ciudad estaban a oscuras a esas horas, con sus guirnaldas de la fiesta religiosa que destellaban durante el día ahora engullidas por la noche y una única farola proyectando halos fantasmagóricos sobre el adoquinado cubierto de nieve. Y todos los ciudadanos dormían profundamente. Todos menos Vika, por supuesto.

Para cualquier otro, la medianoche estaba silenciosa, pero para Vika, que podía percibir los elementos como si fueran parte de su propia alma, la oscuridad rebosaba de ruidos. De agua bajo la densa capa de hielo del río, aletargado y casi helado, pero todavía despierto. De mariposas nocturnas aleteando por el aire gélido. De ramas desnudas que se doblaban con el viento.

No sería siquiera capaz de dormir en un rato; no después de haber pasado las últimas horas inmersa en la estepa. Cielos, cuánto echaba de menos a Nikolái. Durante un breve periodo de tiempo, en el transcurso del Juego de la Corona, había existido por fin alguien más que podía hacer lo mismo que ella, que comprendía lo que era ser uno —o dos— de una clase, que sabía quién era de verdad.

Así pues, en lugar de dirigirse a casa, Vika miraba al río helado que tenía delante, en dirección a la isla que había creado durante el Juego. Los habitantes de San Petersburgo la habían apodado «isla de Letni» —la isla del Verano—, porque la había conjurado como un eterno paraíso cálido.

Se estremeció al recordar cómo acabó el Juego: Nikolái intentó suicidarse, pero el cuchillo que le dio Galina estaba hechizado para «no fallar jamás»; por eso, cuando el chico se hundió la daga, en realidad se clavó en Vika. Y para salvarla de la muerte le había insuflado a ella su propia energía.

Cerró los ojos mientras el eco de las muertes de Nikolái y de su padre reverberaba a través de sus huesos. Dos personas indeciblemente importantes habían dado la vida por ella. No era digna de tal sacrificio.

«Los habría detenido si hubiese sabido lo que estaban haciendo».

Por eso ni el uno ni el otro permitieron que lo supiera.

El viento soplaba más acerado a su alrededor. Su padre se había ido para siempre, pero Nikolái... Bueno, ella lo había visto —o a una silueta que se le parecía— en el sueño de la estepa. En la isla de Letni había toda una serie de bancos de parque encantados; una persona no tenía más que sentarse en uno de los Bancos de los Sueños y enseguida era transportada a una ilusión de Moscú, el lago

Baikal, Kostromá o cualquier otra de la docena de lugares que Nikolái había conjurado. Cada banco tenía un sueño diferente.

¿Estaba todavía Nikolái en el sueño de la estepa? Vika había regresado a diario desde que lo había visto en aquella única ocasión la semana anterior, pero él no había vuelto a aparecer. Sin embargo, los bancos aún existían, lo que quería decir que su magia no se había extinguido. Quizás eso significara que, de algún modo, también estaba vivo.

Aunque, por otro lado, Vika sentía la antigua magia dentro de la estatua de Pedro el Grande que tenía detrás, y esa la había creado hacía décadas un mago que había muerto en las guerras napoleónicas.

Por suerte, el joven-sombra que Vika había visto era un resto de vida que Nikolái había conseguido conservar para sí mismo. No lo bastante para ser real, pero sí lo suficiente para ser más que un sueño.

—Si todavía estás en el banco, encontraré la manera de sacarte y hacer que seas tú mismo otra vez —dijo.

Al pronunciar la promesa, se le encogió el pecho. No era por el hilo invisible que la ataba a Nikolái como magos; la presión en su pecho era de naturaleza diferente.

Vika se apretó con su mano enguantada la clavícula izquierda, donde una vez había ardido la cicatriz de las varitas cruzadas del Juego.

Antes de que este acabara, Nikolái le había dicho que la quería. Era posible que ella también lo quisiera.

Pero no tuvo ocasión de analizar sus sentimientos, ya que a su espalda unos pesados pasos se aproximaban a la estatua de Pedro el Grande.

Se le aceleró el pulso. ¿La había visto alguien evanescerse? La gente corriente no podía conocer la magia. Mucho tiempo atrás

se había creído en ella y había habido cazas de brujas. Histeria. Por no hablar de que cuanto más gente creía en la magia, más poder generaba Bolshebnoie Duplo, lo que también significaba que los magos eran una amenaza mayor para el zar porque podrían usurparle el trono. Esa era la razón por la que habían sido concebidos el Juego de la Corona y su juramento; para asegurar que todo mago trabajase con el zar, no contra él, y por ello la creencia del pueblo llano en la magia había tenido que ser reprimida.

Después de haber sobrevivido a tanto, Vika no quería acabar en la hoguera.

Las pisadas se acercaban. Salió disparada de la ribera y se agazapó detrás de la Piedra de Trueno, el enorme bloque de granito que formaba la base de la estatua de Pedro el Grande.

Al cabo de un minuto, apareció un joven pescador dando traspiés. Estaba cantando.

No; mascullando.

«Gracias al cielo —pensó la chica mientras se relajaba contra la Piedra de Trueno—. En todo caso, probablemente no me ha visto, e incluso si lo ha hecho, por la mañana no se acordará».

Entonces el joven llegó a la estatua y se detuvo.

«Oh, piedad —pidió—. Cualquiera menos él».

Vika aligeró sus pasos mientras se desplazaba con lentitud alrededor de la estatua hacia un punto donde no la descubriera.

Porque, aunque se hubiera puesto un gorro de pescador, no era un borracho cualquiera.

Era Pável Alexándrovich Románov —Pasha—, zarévich y heredero del trono de Rusia.



CAPÍTULO 3

Era demasiado tarde para ser de noche, aunque demasiado pronto para ser de madrugada, cuando Pasha llegó trastabillando a la Plaza de Pedro. En ese momento no había nada principesco en él. No se había afeitado en la quinceña transcurrida desde que acabó el Juego, y llevaba un gabán harapiiento y un gorro de marinero deshilachado, procedentes del arcón secreto en que guardaba sus disfraces. Además, estaba el asunto de la botella de vodka que de forma admirable —o tal vez ignominiosa— se había bebido él solo; cuando fue a apoyarse en la base de la estatua, la realidad resultó ser un tanto resbaladiza para sostenerse en ella.

—*Bonsoir*, vuestra Majestad Imperial —dijo Pasha desde la Piedra de Trueno. Alzándose sobre él, un enorme Pedro de bronce miraba por encima del oscuro río mientras su caballo pisoteaba una serpiente, que simbolizaba a los enemigos del zar y de San Petersburgo. Contaba la leyenda que la estatua estaba encantada y que protegería siempre al pueblo y a la ciudad—. La calle está tranquila esta noche —continuó el zarévich—. Da la impresión de que sólo estuviéramos tú y yo, el zar y... el futuro zar —vaciló; casi se llamó zar a sí mismo. Técnicamente aún era sólo el zarévich, el

heredero al trono, hasta su coronación oficial en Moscú el próximo mes.

No obstante, parecía correcto. «El zar y el futuro zar». Pasha rió y se dejó caer sobre el suelo nevado. Descansó la cabeza contra la Piedra de Trueno.

—¿Alguna vez has deseado retroceder en el tiempo y hacer las cosas de otra manera? —le preguntó a la estatua.

Reclinó la cabeza hasta que estuvo mirando hacia el vientre del caballo y en dirección al zar de bronce. A Pasha le cayó nieve en los ojos. El caballo estornudó.

El zarévich dio un respingo.

—¿Tu caballo acaba de...?

A los pocos instantes de silencio evidente (debió de haber imaginado que el caballo había hecho un ruido; maldita sea, ¿en qué momento había vuelto a beber?), se reclinó de nuevo contra la piedra.

—No, supongo que nunca te has sentido así. Tú eres Pedro el Grande. Eres grande por definición. Mientras que yo seré, ¿qué? Pasha el Barbudo. —Agitó los brazos en el aire con teatralidad—. Pasha el Inepto. Pasha el Terrible, que nunca se disculpó con su mejor amigo antes de enviarlo a la muerte. —Profirió una sonora exhalación—. Ojalá pudiera tener una segunda oportunidad. Ojalá... No sé lo que haría. Pero sí sé que ordenaría poner fin al Juego. Debe de haber alguna otra manera.

—Tened cuidado con lo que deseáis, Alteza Imperial —dijo una voz.

Pasha se puso de pie de un salto y se giró. Miró a Pedro el Grande con ojos desorbitados.

—¿Has dicho algo? O..., ¿o has sido otra vez tú? —Desvió la mirada hacia el caballo.

Una joven salió del otro lado de la Piedra de Trueno. Su pelo rojo llameaba por debajo del marrón apagado de su gorro de piel.

—¿Estáis hablando con la estatua?

Pasha la miró incrédulo. A su atarantada cabeza le llevó unos segundos procesar lo que había sucedido. Por supuesto. La voz pertenecía a una muchacha. Y no a una muchacha cualquiera. A Vika, su maga imperial.

—No hablo con la estatua —mintió Pasha. ¿Cuánto tiempo llevaba Vika allí, al otro lado de la Piedra de Trueno? Podría añadir también «Pasha el Demente» a su lista de alias ilustres.

Vika se acercó, pero se detuvo a varios metros de él. Desde el final del Juego se había mantenido alejada. El zarévich hizo una mueca de dolor al recordar que la joven a la que una vez estuvo a punto de besar ahora le despreciaba.

—Hablo en serio cuando digo que deberíais tener cuidado con lo que deseáis —soltó Vika.

—¿Por qué? ¿Qué podría ocurrir?

—Cualquier cosa. O nada. No lo sé. Pero ya os he dicho antes que la magia viene ligada a muchos cabos. Me figuro que los deseos son un poco como la magia. No digáis que no os he advertido.

Pasha sonrió ante su advertencia. Podría haberle dejado allí, mascullando a la estatua de Pedro el Grande y es posible que cometiendo un grave error mágico. «Pero se ha tomado su tiempo para intervenir. En realidad, me ha hablado. Por voluntad propia». Eso era un avance. Volvió a pensar en la última vez que habían conversado, una semana después de que terminase el Juego. Ella estaba en el sueño de la estepa y él fue a buscarla para disculparse. Ella lo rechazó.

Y después pasó otra semana y él no la había visto ni había tenido noticia alguna de ella. Ahora estaba ahí, en plena noche, cuidándolo como haría una maga imperial. O quizás incluso como una amiga.

Pasha miró el espacio nevado entre los dos. A lo mejor se podía acortar la distancia, tanto figurada como literalmente. Dio un paso hacia ella y trastabilló en la nieve.

Maldito alcohol. Lo más probable era que estuviese más cerca del *samogon* —aguardiente casero— que del verdadero vodka. «Esto es lo que consigo por beber en una taberna desconocida», se reprochó. Pero no podía volver a La Urraca y la Zorra. Demasiados recuerdos de Nikolái y él allí.

Cuando se levantó, se agarró a la Piedra de Trueno para no perder el equilibrio.

—¿A qué debo el placer de tu compañía?

—Había salido a dar un paseo, vuestra Alteza Imperial.

Eso era también una novedad del juego; se negaba a llamarlo por su nombre. Intentó no hacer otro gesto de dolor, al menos no de forma tan visible.

—¿Salir a dar un paseo a estas horas?

Vika frunció el ceño.

—¿Desde cuándo tenéis derecho a juzgar mis idas y venidas?

—Sólo sentía curiosidad...

Ella alzó una mano. El viento frío, más frío que el que ya afectaba a San Petersburgo, giraba a su alrededor.

—Habéis bebido demasiado, vuestra Alteza Imperial. Espero que recuperéis la compostura antes de la coronación. El pueblo lleva ya mucho tiempo soportando que la gran princesa dirija el Imperio.

A Pasha se le encendieron las entrañas. Puede que fuera indignación. O puede que fuera el *samogon* en su estómago. De una u otra manera, era suficiente para impulsarle a mantenerse derecho sin la ayuda de la Piedra de Trueno.

«Pero lo que dice Vika es verdad, ¿no?». La hermana de Pasha, Yuliana, mantenía al país en marcha, asistiendo al Consejo Imperial y recibiendo embajadores, mientras que él, el zarévich, salía a escondidas del Palacio de Invierno con disfraces lamentables y se ahogaba en la autocompasión.

«Yo también puedo actuar como un gobernante». La idea se desparramó por su cabeza salpicando el interior de su cráneo.

—Vika.

—¿Qué? —Su fiero cabello se alborotaba con el viento, como una llama solitaria en mitad de la nieve de la Plaza de Pedro.

Aun así, ella era su llama, ¿o no? Ella era su maga imperial.

Una sonrisa sentimental cubrió el rostro de Pasha.

—Te ordeno que me conjures un tentempié nocturno.

Vika arrugó el ceño.

—Os ruego que me disculpéis: ¿qué?

—Tienes razón, he bebido demasiado y necesito comer algo para que absorba el alcohol. Y un fuego también, porque hace un poco de fresco aquí fuera, ¿no crees?

—No, no lo creo. —Avanzó con fuertes pisadas por la nieve hasta quedarse a unos centímetros de él. Era mucho más baja y tenía que alzar la vista hacia él, pero, de algún modo, consiguió hacer que Pasha se sintiera como si fuese él quien tenía que alzar la vista hacia ella. Vika tenía la capacidad de dominar más espacio del que ocupaba—. Sé que perder a vuestros padres ha tenido que ser traumático

(Dios sabe que comprendo eso de primera mano). —Hizo una pausa, pero se recompuso en una fracción de segundo—: Sin embargo, sigo siendo yo, incluso después de haber muerto Serguéi. Vos, por otro lado... No sé qué aconteció para cambiaros, para haceros exigir el final del Juego como lo hicisteis. ¿Qué le ha sucedido al zarévich que era tan dulce conmigo y que no se separaba de su mejor amigo? Y ahora esto, me dais órdenes como a una mera ayudante de cocina... —Su furibunda mirada fue aún más intensa, con los ojos como esmeraldas ardiendo—. Puede que sea vuestra magia imperial, pero me niego a utilizar la magia para sandeces irreverentes como prepararos un tentempié. Intentadlo otra vez y renunciaré. A ver cómo os las arregláis vos solo con los hechizos, sin magia alguna a vuestro lado.

Pasha abrió la boca.

Al mismo tiempo, Vika dio un grito y se agarró la muñeca izquierda. Se desplomó contra él, y Pasha la cogió mientras caían los dos hacia atrás y la Piedra de Trueno los aguantaba.

—Vika, ¿qué pasa? —Todo pensamiento sobre sí mismo se disipó. Vika no volvió a gritar, pero su cuerpo entero se sacudía con tal fuerza que los temblores se transmitían hasta sus huesos a través de las manos con las que la sujetaba.

Le retiró los dedos enguantados de la manga izquierda del abrigo. Vika tomó aire entre dientes. Él le apartó la lana de la muñeca.

Tenía una ajorca —no, una argolla, una filigrana de sarmientos metálicos— enrollada estrechamente alrededor, anaranjada como ascuas sobre su piel, que quemaba y refulgía. Sobre el brazalete, la áurea águila bicéfala del Imperio ruso la miraba con sus encendidos ojos de rubí.

Pasha dio un respingo. Había vivido eso antes, casi como en ese momento, pero en un carruaje, con Vika a su lado mientras la cicatriz de su clavícula resplandecía con un brillo amenazador. Y ahora esa pulsera.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Qué es lo que te está haciendo?

—Acaba de aparecer en este preciso instante —respondió ella entre dientes—. Y me quema, ¿no lo veis? —Se le inundaron los ojos de lágrimas al resistir el dolor y se zafó con un tirón del agarre de Pasha.

Y al momento cayó de rodillas sobre la nieve.

Pasha avanzó hacia ella con los brazos extendidos.

—Permaneced atrás —le espetó ella.

Él hizo lo que le decía. Su tono no dejaba espacio a discusión.

Vika murmuró algo en voz baja. Un instante después, una fuente de pan negro y arenque ahumado apareció en el aire ante las narices de Pasha. El pan estaba humeante y caliente, como recién salido del horno, y el olor bastaba para que su estómago empapado de *samogon* se quejara. Se inclinó por instinto hacia él.

Entonces la fuente volcó sin miramientos su contenido en la nieve sucia, a sus pies. Parte del arenque cayó sobre la punta de su bota.

—*Sacré bleu!* —Se sacudió la bota y el arenque cayó al suelo, dejándole un rastro viscoso.

Vika suspiró y la tensión de su cuerpo se disipó. La ajorca dejó de brillar y se trocó en oro común.

«Una reacción inmediata a su obediencia», comprendió Pasha. Le había ordenado conjurar un tentempié nocturno para él. Ella se había negado. La ajorca había aparecido y le había administrado un

correctivo, pero había cedido tan pronto como hubo cumplido su solicitud. Bueno, cumplido técnicamente. Él no había dicho nada sobre que el tentempié estuviera limpio.

Vika lo miró desde donde permanecía arrodillada sobre la nieve.

—¿Ya estáis contento?

Pasha negó con la cabeza.

—Lo siento. No sabía que pasaría eso.

—Parece que lo sentís bastante tarde, pero sólo *después* de ser malo. —Se puso en pie, todavía con ojos furibundos.

Dado que era la verdad, no intentó defenderse. En su lugar, señaló la muñeca de Vika.

—¿Ya estás bien?

—Supongo que todo lo bien que se puede estar cuando me encuentro literalmente esposada al servicio de vuestra Alteza Imperial. —Se mordió el labio con ferocidad, no de la forma coqueta en que las jóvenes de la corte solían hacerlo en presencia de Pasha—. Ha sido una tontería por mi parte pensar que podría rechazaros o dejar de ser la maga imperial sin más.

—Si tuviera opción, te liberaría de tus obligaciones. —Dio un paso hacia ella.

Vika frunció el ceño. Él no se acercó más.

—Pero vos no tenéis ese poder, Alteza Imperial. La pulsera garantiza que me quede. Hice un juramento de lealtad a vuestro padre al principio del Juego y prometí acatar todas las normas y tradiciones que habían sido establecidas con anterioridad.

El cerebro de Pasha todavía estaba empapado en *samogon*, y sacar conclusiones lógicas suponía un gran esfuerzo. Hablaba, aunque las ideas le llegaban despacio.

—Y puesto que ganaste el Juego..., ¿estás obligada por la magia del antiguo juramento a servir al zarato?

Vika hundió los hombros entonces, como si la tristeza le pesara de repente y aplastase su enfado.

—Al parecer, si no se puede confiar en mí para que actúe en interés de la corona, hay salvaguardias para garantizar que lo haga. Los papeles del zar y del mago imperial no han sobrevivido durante siglos por casualidad. —Desvió la mirada de Pasha a la pulsera de su muñeca. Luego se bajó la manga sobre la argolla para no verla.

Pasha se recostó contra la Piedra de Trueno. Una parte de él se sentía aliviada porque Vika no pudiese abandonarle sin más. La necesitaba. Pero la otra parte no admitía que siguiese a su lado no porque quisiera, sino porque estuviese forzada a ello.

—Bueno, pues entonces, vuestra Alteza Imperial, ahora que tenéis vuestro tentempié de medianoche... —Vika hizo una pausa para darle tiempo a que echase una mirada al pan y al arenque desparramado (y ahora congelado)—, debería irme. Como habéis dicho, es bastante tarde.

Hizo una reverencia. Fue terriblemente formal, enfatizando el «terrible».

—Espera. —El zarévich dio un paso hacia delante, ahora sin dejarse intimidar por su mirada—. A lo que me refiero cuando digo que lo sien...

—No os preocupéis. —Alrededor de ella empezaron a girar copos de nieve, que en cuestión de segundos se disolvieron y se convirtieron en parte de la nevisca; después, el viento se levantó y se la llevó.

Pasha se quedó a solas con la estatua. Cayó de espaldas contra la Piedra de Trueno y se pasó las manos entre su maraña de cabellos

rubios. Se le cayó el gorro de pescador al suelo —encima del arenque, para ser exactos—, pero no se tomó la molestia de recogerlo.

—Ahora de verdad me gustaría tener una segunda oportunidad —confesó.

Se tapó al instante la boca con el guante porque había formulado otro deseo, aun cuando Vika le había prevenido.

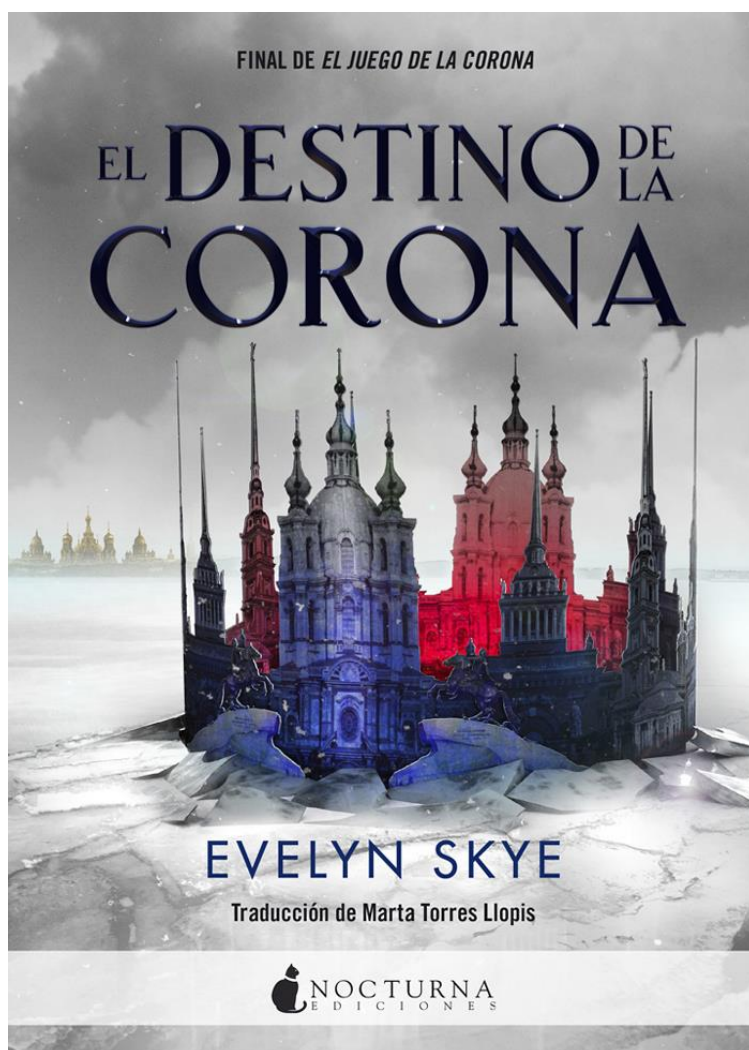
«Y, sin embargo, haría cualquier cosa por que se hiciese realidad», pensó. El *samogon* le volvía a la vez melancólico e imprudente. Pero ¿por qué no? En realidad, no había ningún riesgo. Nikolái estaba muerto. Vika le odiaba. No iba a tener una segunda oportunidad con ninguno de los dos.

De una patada mandó la hogaza de pan al centro de la plaza. Y con la cabeza gacha y dolorida, caminando trabajosamente por la nieve, emprendió el regreso a los solitarios salones del Palacio de Invierno.

SIGUE LEYENDO

EL DESTINO DE LA
CORONA

EVELYN SKYE



ISBN: 978-84-16858-29-3 | PVP: 16,50 € | A la venta: 4-12-2017

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com